

EL PARTIDO SOCIALISTA EN LA REVOLUCION, EN EL PODER Y EN LA OPOSICION: DE LA DIALECTICA CON EL PROYECTO NACIONAL-MILITAR A LA DIALECTICA CON EL EANISMO (*)

Por ANTONIO REIS

SUMARIO

NOTA PREVIA.—I. EL PARTIDO SOCIALISTA EN LA REVOLUCIÓN DE 25 DE ABRIL: 1. *Un «partido crisol» de la izquierda no estalinista y de la tradición liberal republicana.* 2. *La confrontación entre el proyecto socialista democrático del PS y el proyecto nacional-militar del MFA: a) Las revoluciones en la Revolución. b) El proyecto spinolista. c) El proyecto nacional-militar y sus corrientes. d) La corriente socialista (pluralista-«basista») del proyecto nacional-militar. e) Las contradicciones dentro del MFA y el papel del PS en la vuelta al proyecto democrático.*—II. REFLEJOS CONSTITUCIONALES DE LA DIALÉCTICA PS/MFA: 1. *De orden ideológico-programático.* 2. *De orden institucional.*—III. EL PS EN EL GOBIERNO Y EN

(*) Para la elaboración de la primera parte de este ensayo («El Partido Socialista en la Revolución del 25 de abril») recurrí a dos textos que publiqué anteriormente: el primero basado en una intervención que tuve en la Asamblea Constituyente el 5 de diciembre de 1975 y entregado para su impresión en el volumen colectivo *Fuerzas Armadas y democracia*, Ed. Portugal Socialista, Lisboa, 1976, págs. 48-68; el segundo basado en una conferencia que pronuncié en noviembre de 1977, invitado por la Fundación Friedrich Ebert, del Instituto Alemán y de la Asociación António Sérgio, posteriormente editado bajo el título *El marxismo y la Revolución portuguesa*, Ed. Portugal Socialista, Lisboa, 1979. Con algunas adaptaciones y modificaciones que el tiempo transcurrido y el objeto específico de este ensayo hicieron inevitables, procedí al montaje de sus fragmentos más significativos para la ilustración de la tesis aquí defendida en esa primera parte. Naturalmente, muchas de las preocupaciones patentes en esos textos han de ser vistas a la luz del clima de lucha ideológica que se vivía en aquella época y que hoy nos parece ya bastante lejana, a pesar de los escasos doce años transcurridos.

LA OPOSICIÓN: EL ESPECTRO DE LA DIALÉCTICA EANISMO-SOARISMO (1976-1985): 1. *El I y II Gobiernos constitucionales (1976-1978): Del aislamiento del PS a los primeros síntomas del conflicto institucional.* 2. *La amenaza eanista y las crisis gubernativas: Los gobiernos de iniciativa presidencial (1978-1979).* 3. *La oposición a la AD y la contribución del PS a la reelección de Eanes: Del declive electoral a la crisis interna de los socialistas (1979-1981).* 4. *La estrategia soarista del «bloque central» 'versus' la estrategia eanista del «partido bisagra»; la derrota electoral del PS en 1985.*—IV. LA RENOVACIÓN DEL PS Y EL FUTURO: 1. *La elección de M. Soares y sus consecuencias para el PS; el Congreso de la renovación (1986).* 2. *El suicidio del eanismo, el desquite del soarismo y la resistencia del PS; las elecciones de 1987 y el futuro de la izquierda democrática.*

NOTA PREVIA

El presente ensayo es una tentativa de aprehender la evolución ideológica y estratégica del Partido Socialista portugués (PS) desde la Revolución del 25 de abril de 1974 hasta nuestros días.

La hipótesis de fondo que le sirve de línea conductora consiste en enfocar una tal evolución a partir de dos dialécticas: la que se genera después del golpe militar entre el proyecto socialista de una democracia parlamentaria avanzada y el proyecto nacional-militar del MFA —él mismo dividido en varias corrientes— de una democracia revolucionaria tutelada, y la que se desarrolla después de la aprobación de la Constitución entre el proyecto socialista, con su derivación «soarista», y el proyecto «eanista». La primera fue determinante para la institucionalización de un régimen de democracia parlamentaria pluralista de tipo occidental, liberado de desviaciones anarcopopulistas, de tentaciones totalitarias y de tutelas militares. La segunda contribuyó decisivamente a la victoria del bloque conservador-liberal, a la división de la izquierda democrática y a la separación del PS del área del poder. A una dialéctica de sentido positivo que hizo del PS un partido vencedor sucedió, así, una dialéctica de sentido negativo que hizo del PS un partido derrotado.

Naturalmente, la cuestión ideológica es objeto de un tratamiento más desarrollado en el análisis que hago de la primera de estas dialécticas, sabida como es la importancia que adquirió en los años de la Revolución. Ya en el análisis de la segunda dialéctica, la cuestión estratégica es la privilegiada, no sin que se refieran, en trazos muy generales, los principales hitos de la evolución ideológica del PS.

I. EL PARTIDO SOCIALISTA EN LA REVOLUCION DEL 25 DE ABRIL

1. *Un «partido crisol» de la izquierda no estalinista
y de la tradición liberal republicana*

Herederó de toda una tradición socialista y democrática, producto de una década de rica complejidad ideológica, vencedor por primera vez en la historia de un partido comunista apostado en una revolución totalitaria, el PS que surge el 25 de abril debe merecernos un examen atento que trace su retrato ideológico de origen y las líneas de evolución a las que entre tanto se prestó.

Dotado de un frágil aparato organizativo, el PS se desarrolla después del 25 de abril a un ritmo rapidísimo, convergiendo en él cuadros y simpatizantes de diferentes orígenes ideológicos y suscitando la adhesión de capas sociales heterogéneas. Se convierte por eso, en corto tiempo, en una especie de «partido crisol» en el que se mezclan y hierven tradiciones ideológicas diversas en busca de una síntesis original adecuada a las nuevas condiciones de la sociedad portuguesa. Veamos, brevemente, cuáles son las principales corrientes que en él convergen:

a) La tradición democrática republicana y liberal, heredada de la I República y a su vez producto último del «vintismo» (*) ochocentista, de fisonomía progresivamente socializante, pero fundamentada en su esencia en una extrema sensibilidad a los valores de la democracia política representativa y pluralista, a los derechos, libertades y garantías fundamentales, e impregnando con su marca todo un estilo de comportamiento y práctica partidarias, aún hoy visible en múltiples aspectos.

b) La tradición socialista portuguesa del primitivo PSP de Quental y Fontana, retomada y corregida por Sérgio, preocupada por la búsqueda de la síntesis entre los valores de la libertad y de la justicia social, que aglutinaba igualmente a los herederos de la izquierda del Partido Democrático y a los primeros disidentes de un PCP superestalinizado —tradición esta que inspiró, sin duda, la corriente dominante en la formación de las organizaciones políticas que preceden y dan origen a la fundación del PS en 1973: la Unión Socialista en los años cuarenta, la Resistencia Republicana y Socialista en los cincuenta y la Acción Socialista Portuguesa en los sesenta.

c) Las corrientes neomarxistas de los años sesenta, concretamente en su expresión teórica francesa, sensibles a la recuperación de la inspiración

(*) N. DEL T.—Liberalismo exaltado de los años veinte del siglo pasado.

del joven Marx humanista y del Marx de los textos originales, no vertido en los catecismos del leninismo y del estalinismo, interesadas en la contribución del pensamiento de Rosa Luxemburgo, abiertas a la problemática levantada por los pensadores de la nueva izquierda y del freudomarxismo, atentas igualmente al fenómeno nuevo de una vivencia cristiana comprometida en la transformación progresista del mundo. Esta línea de pensamiento apuesta por el desarrollo de todas las potencialidades del régimen democrático, no sólo en su expresión organizativa al nivel de las instituciones representativas, sino también en su expresión al nivel de los poderes de base en las empresas, locales de trabajo, residencia y cultura, en búsqueda de una síntesis de los valores de la democracia representativa y de la democracia de base, particularmente orientada hacia un proyecto a largo plazo de autogestión socialista. En esta corriente se incluyen, además de disidentes del PCP, ex marxistas-leninistas, católicos progresistas y jóvenes socialistas independientes. Se podrá decir, sin margen de error, que es ésta la corriente que influencia predominantemente la elaboración de la Declaración de Principios y del primer Programa del PS, todavía en la clandestinidad (verano de 1973), con la ayuda, además, de algunos dirigentes herederos de la tradición socialista portuguesa, súbitamente influenciados por el neomarxismo. Subráyese, sin embargo, que buena parte de las alteraciones, bastante toscas, introducidas en estos textos con ocasión del primer Congreso en la legalidad (diciembre de 1974) ya no fueron de su responsabilidad, sino de otras corrientes más a la izquierda, como las que siguen.

d) Una corriente leninista, pretendidamente purificada de las deformaciones estalinistas, a la que no son ajenas ciertas infiltraciones comunistas y un descarado oportunismo obrerista y que la escisión Serra/FSP después del primer Congreso vino a revelar en toda su extensión: en ella se dejarán incluir transitoriamente, sin embargo, muchos militantes claramente extraños a sus designios, engatusados por una demagogia hábil.

e) Una corriente trotskista, en su versión lambertista, inserta en el PS a cubierto de la conocida táctica del «entrismo» y que en poco tiempo ocupó importantes posiciones en el aparato del partido, gracias a una devotísima militancia antiestalinista. Descubierta por el comportamiento segregacionista adoptado después de su derrota en el Congreso de 1976, sus principales dirigentes, una vez expulsados, manifestaron claramente su apoyo a las principales orientaciones estratégicas de los trotskistas portugueses, no dejando margen de duda en cuanto a su afiliación ideológica. Como se sabe, vinieron a constituir el Partido Obrero de Unidad Socialista (POUS), reducido al 0,18 por 100 del electorado en las elecciones de 1987.

El PS aparece así en su primera fase después del 25 de abril como una

especie de mosaico vivo de casi toda la izquierda no estalinista y de buena parte de la propia tradición liberal republicana.

No es difícil encontrar algunas explicaciones para tal fenómeno.

En primer lugar, la tradición liberal burguesa se fue debilitando a lo largo de la dictadura, dado el progresivo compromiso con ésta de los estratos sociales conservadores. Las tendencias liberales republicanas o iban muriendo o se incorporaban progresivamente en una corriente socialista democrática. Los pocos representantes que quedaron del agrupamiento liberal de la Acción Democrático-Social vinieron a integrarse en el Partido Popular Democrático, curiosamente resultante de una corriente neoliberal moderna surgida del propio seno del régimen autoritario y ya sin ningún vínculo con la antigua veta del liberalismo republicano. Las características del propio régimen autoritario contribuyeron a impedir el surgimiento en Portugal de un fenómeno semejante a la de la democracia cristiana italiana que participó activamente en la resistencia antifascista.

En segundo lugar, el estalinismo clásico del PCP era una invitación a la aparición de un PS que contemplase las preocupaciones de los marxistas antiestalinistas de variadas proveniencias y buscase su incorporación a la gran alternativa de izquierda democrática que comenzara a ganar fuerza en la Europa occidental. El rápido apoyo popular obtenido junto a las clases trabajadoras después del 25 de abril, aliado a la influencia de un núcleo de jóvenes dirigentes formados ideológicamente en el ambiente de los años sesenta, sería determinante para que el PS ocupase este espacio político e ideológico. Y si es cierto que, en una primera fase, la corriente neomarxista, por otra parte en sí misma heterogénea, imprime las principales marcas ideológicas al partido, ya en una segunda fase se va mostrando progresivamente sensibilizada a los valores de la tradición portuguesa del socialismo democrático reformador, al mismo tiempo que, en curioso movimiento recíproco de convergencia, los herederos de esta última tradición se van igualmente mostrando más abiertos a los valores de la corriente neomarxista.

Dos factores contribuyeron decisivamente en este período a acentuar ese movimiento simultáneamente convergente y dialéctico de encuentro y síntesis entre la tradición del socialismo democrático reformador y la influencia neomarxista de los años sesenta y setenta.

En primer lugar, la durísima y marcadora experiencia de la lucha contra el proyecto totalitario comunista llevó a avivar fuertemente la tradición liberal, mientras tanto incorporada en la tradición socialista portuguesa, al mismo tiempo que forzaba a la corriente neomarxista a una actitud de reflexión crítica interna sobre las posibilidades y las formas concretas de articulación entre socialismo y libertad, democracia de base y democracia representativa, ha-

ciéndola así más coherentemente antiestalinista y más críticamente marxista. En segundo lugar, la confrontación con una crisis económica de tipo nuevo, generadora de fuertes obstáculos a la aplicación del proyecto teórico inicial, lleva igualmente a una reflexión más profunda sobre el modelo de sociedad a crear, los esquemas de control del poder económico y político a aplicar y los medios a utilizar para una efectiva socialización de la economía, distinta a su estatización o colectivización, con el consiguiente tipo de relaciones a establecer entre las clases.

2. *La confrontación entre el proyecto socialista democrático del PS y el proyecto nacional-militar del MFA*

a) *Las revoluciones en la Revolución*

No habiendo surgido el 25 de abril como la coronación de un proceso planeado por una organización de fuerzas políticas y sociales para derribar al régimen autoritario en nombre de una alternativa aglutinadora predefinida, y centrándose las motivaciones determinantes del movimiento militar simplemente en el doble rechazo de la continuación tanto de la guerra como de la clase dirigente responsable por la ausencia de una solución política para el *impasse* colonial, es obvio que los meses subsiguientes al 25 de abril se tendrían que caracterizar por la súbita erupción de profundas contradicciones tanto en la sociedad civil como en el aparato del Estado y en la institución militar.

El movimiento de masas, que el derrumbamiento del régimen libera, es ampliamente heterogéneo, inorgánico y espontáneo. En él se van a injertar los incipientes aparatos partidarios y sindicales preexistentes o creados inmediatamente, faltos de cuadros preparados para enfrentar el tremendo desafío que les era lanzado. De todos ellos, el PCP y la Intersindical eran, sin duda, los más aptos para tomar las riendas del proceso desencadenado, más por la eficiencia de sus métodos de actuación que por la fuerza del aparato ya instalado, mucho más atrasado de lo que se suponía.

Por otro lado, la institución militar está fuertemente sacudida en su consistencia y disciplina internas por el propio hecho libertador de los capitanes, que les revela un traumatizante mundo de vergüenza y opresión del cual sólo parcialmente tenían conciencia.

Estaban así creadas las condiciones propicias a la penetración de la institución militar por corrientes ideológicas y proyectos partidarios que hasta ese momento les habían sido casi completamente extraños. Penetración, por

otra parte, ampliamente facilitada por la tendencia hacia el enfrentamiento de los contrarios ideológicos fomentada por el propio régimen derribado y por la débil consistencia de la alternativa ideológica del socialismo democrático, que, en período de gestación después de la década rica y multifacética, no conseguirá todavía amalgamar en un todo teórico y orgánico, coherente y sólido, sus formulaciones ambiciosas y nada simplistas, así como sus componentes sociales heterogéneos.

Un factor de orden psicoanalítico habrá sido determinante en el nuevo y para muchos sorprendente comportamiento de las Fuerzas Armadas o, mejor, de su fracción actuante y dirigente: la necesidad para militares traumatizados por una guerra colonial, cuyo carácter inicuo irrumpía en sus conciencias, de operar la rápida sustitución del mito hasta entonces impulsor de su acción —la defensa del imperio y de la civilización cristiana y occidental— por un mito opuesto —el del antiimperialismo y de la liberación nacional—, el cual, una vez vencedor, era interiorizado y asumido en un nuevo espacio y en un tiempo nuevo —el 25 de abril portugués—. La desculpabilización implicaba la asunción consciente de lo que hasta entonces se recalcará, reprimiera y combatiera.

El 25 de abril desencadena en estas condiciones una compleja red de estrategias al servicio de diferentes proyectos y modelos de sociedad, inspirados en experiencias históricas bien conocidas, ya en la tradición europea, ya en el espacio del Tercer Mundo.

Esos modelos me parece que han sido fundamentalmente los siguientes:

1.º La revolución militar-nacionalista, antiimperialista, de la que el ejemplo más reciente anterior al 25 de abril es el Perú.

2.º La revolución anticolonialista y antiimperialista de los movimientos de liberación del Tercer Mundo, con especial relevancia para los movimientos de liberación antiimperialistas de Guinea, Angola y Mozambique.

3.º La revolución soviética y, más rigurosamente, sus sucedáneos en la Europa oriental de la posguerra.

4.º La revolución «basista» de los consejos obreros, de facción anarquizante y sucesivamente abortada a lo largo de la historia contemporánea.

5.º La revolución democrático-presidencialista bajo control político-económico de la gran burguesía.

6.º La revolución democrático-parlamentaria con la atribución del ejercicio del poder político a partidos legitimados por el voto popular, en el contexto de una dinámica que daba el peso mayoritario a los partidos de izquierda, con la consiguiente neutralización del poder de los grandes grupos económicos privados.

Estos dos últimos modelos constituyeron una especie de contrapunto

—uno de derecha y el otro de izquierda democrática— a los cuatro primeros que entre sí se congujaron.

b) *El proyecto spinolista*

Así, el proyecto spinolista, que dominó nuestra escena política hasta el 28 de septiembre y amenazó con resucitar el 11 de marzo, se inspiró sobre todo en el penúltimo de los modelos presentados —la democracia presidencialista bajo control de la gran burguesía—, con recurso a tácticas golpistas, a la que tampoco fueron extraños destellos de nacionalismo militar. Unas Fuerzas Armadas clásicas, aparentemente neutras, pero de hecho subordinadas al poder presidencial spinolista, envueltas en una concepción nacionalista y patriótica primaria, deberían servir de soporte armado a un proyecto de descolonización neocolonizante y de democratización limitada a través de un sistema formalmente democrático, pero en el cual los mecanismos electorales y constitucionales estarían previamente controlados de manera que evitaran resultados que de algún modo destruyesen los fundamentos del dominio de los grandes grupos económicos privados. El providencialismo spinolista ofrecería así al «buen pueblo portugués» una democracia aún no adulterada, salvaguarda y fruto de un poder bonapartista, de los intereses del gran capital y de un federalismo neocolonizante. Para ello, se apoyaba políticamente en partidos derechistas de fachada liberal y federalista (Partido Liberal y Partido del Progreso), en caetanistas aparentemente convertidos a la democracia y en liberales temerosos de los «excesos» democráticos.

Una Constitución provisional, de cariz presidencialista, y Spínola, plebiscitado como Presidente de la República, asegurarían la realización de este proyecto.

Sin embargo, el fallo del golpe palaciego de julio de 1974 y del golpe semipalaciego, semicallejero, del 28 de septiembre, tiró por tierra tal proyecto e hizo emerger, en oposición, otro proyecto más complejo: un proyecto nacional-militar internamente diferenciado en varias corrientes.

c) *El proyecto nacional-militar y sus corrientes*

Estas corrientes tuvieron entre sí inspiraciones a veces contradictorias, pero un fondo común, como veremos. Distinguiremos las siguientes:

1.^a Una corriente inspirada en el modelo de las democracias populares y más remotamente en su arquetipo soviético, con los necesarios retoques de nacional-militarismo.

2.^a Una corriente inspirada en el modelo «basista» de los consejos obre-

ros, fuertemente influenciada también, y más que la primera, por la experiencia colonialista de sus mentores, ingenuamente sublimada en la tentativa de trasponer los esquemas de organización social de los movimientos de liberación a nuestro espacio geopolítico.

3.^a Una corriente inspirada en el tercermundismo militarizado anti-imperialista, centrada en el laudable objetivo de un socialismo de independencia nacional, suficientemente realista, sin embargo, para prever la combinación transitoria con el modelo democrático occidental en su fase de adaptación a nuestro espacio geopolítico.

La primera de estas corrientes, apoyada principalmente en el PCP, produjo el ya tan conocido y diseccionado «gonçalvismo». Este abrigó y fue estimulado al mismo tiempo por la segunda corriente indicada, que se individualizó públicamente con el llamado documento del COPCON y se apoyó en el plano civil en grupos de extrema izquierda. A pesar de la divergencia de inspiraciones de estas dos corrientes, ambas pasaron a actuar en una curiosa alianza táctica, en la que durante algún tiempo la primera manejó hábilmente a la segunda para que posteriormente esta última se suicidase en el malogrado golpe del 25 de noviembre, acarreado a la vez la marginación de la primera.

La tercera de estas corrientes se une sobre todo a la personalidad del mayor Melo Antunes. Tuvo su parcos soportes civiles en el grupo «Intervención Socialista», también conocido, impropriamente, por los ex-MES, y dirigió un combate denodado —es justo reconocerlo— contra las dos corrientes anteriores, con el apoyo de los partidos democráticos y de otros militares que, adhiriéndose a la visión integral de esta corriente, compartían su posición antigolpista y antiinsurreccional y su respeto, por lo menos en lo inmediato, por la expresión electoral de la voluntad popular.

Porque nada de esto, y hablo con conocimiento de causa, estaba ni siquiera en embrión en la época en la que preparábamos el 25 de abril. Más aún, el programa del MFA es claro en este punto, apartando cualquier veleidad de semejante proyecto. Al mismo volveremos en este análisis.

Pero importa también subrayar que las tres corrientes del proyecto nacional-militar, a pesar de lo que las separa y concretamente de la profunda divergencia entre la última y las dos primeras, comulgan en el *desideratum* fundamental que caracteriza este proyecto como tal: la atribución a una vanguardia de las Fuerzas Armadas del papel de fuerza dirigente de una revolución portuguesa de características prioritariamente definidas por esa misma vanguardia nacional-militar.

d) *La corriente socialista (pluralista-«basista») del proyecto nacional-militar*

Esta corriente, si bien es cierto que por un lado aceptaba los esquemas de la democracia representativa, por otro lado pretendía limitar su alcance mediante el recurso a formas tutelares: una representada por la vanguardia militar, considerada como portadora autónoma de un proyecto socialista de independencia nacional; otra representada por los órganos de democracia «basista», en progresivo desarrollo y consolidación. La democracia representativa estaría así destinada a sucumbir, en cierto plazo, bajo las tenazas de esta doble forma tutelar.

Utopismo e ingenuidad es lo menos que podemos decir de tal proyecto. Veamos por qué:

1) El MFA, como vanguardia nacional portadora de un proyecto socialista propio, era una imposibilidad histórica, por su origen, por las características propias de nuestras Fuerzas Armadas y por el papel que cabía a los partidos políticos en nuestro país.

En primer lugar, por su origen, porque el MFA no se forjó como vanguardia política de un pueblo en lucha por su liberación, a semejanza de los movimientos del Tercer Mundo, sino tan sólo como vanguardia político-militar de unas Fuerzas Armadas no creyentes en la victoria en tres guerras coloniales injustas, desprestigiadoras y sin solución militar. Situación esta que postuló la necesidad de democratización de las instituciones y de la consiguiente transformación de las Fuerzas Armadas de brazo armado de un régimen totalitario-colonialista en brazo armado de un régimen democrático. El papel político de esta vanguardia militar se limitaba, por tanto, a tres objetivos esenciales: derribar a la dictadura, colaborar en la solución política de las guerras coloniales y preparar las condiciones políticas y socioeconómicas, con la ayuda de un Gobierno provisional, para el pleno funcionamiento de las instituciones democráticas. Un papel político, por tanto, necesariamente transitorio, puesto que el MFA desde el primer momento se presentaba como una vanguardia cuyo ser contenía ya dialécticamente su no-ser. Todo intento para huir de esta dialéctica interna de la vanguardia condenada a dejar de serlo difícilmente podría, por eso, triunfar: el origen histórico es un hecho que deja marcas indelebles y no es fácil forjarse artificialmente nuevos y fantasiosos orígenes. Si la vanguardia se legitimó junto al pueblo portugués y unificó a las Fuerzas Armadas en base a un determinado papel político, toda la distorsión de este papel acarrearía siempre, como por otra parte se vio, una serie de contestaciones.

En segundo lugar, porque las Fuerzas Armadas portuguesas están lejos de obedecer al modelo organizativo y político de un ejército popular de liberación en unión con una vanguardia política unificada. Son Fuerzas Armadas de estructura organizativa clásica, insertas en un sistema político pluralista. Como acertadamente dijo José Baptista: «Una organización como las Fuerzas Armadas —dotadas de una estructura particularmente autoritaria, exenta de controles de base internos, exenta de un medio propicio a una dinámica política y cultural acentuada, aún más exenta de competencia e imaginación que la sociedad civil, para no citar sino sólo algunos factores— difícilmente puede ser vista como una organización compleja dotada de una capacidad revolucionaria más marcada que la de los aparatos partidarios, sindicales, económicos, del Estado, etc.» (en *Expresso*, 6-XII-75).

Sujetas, por otro lado, al impacto de las contradicciones interpartidarias, sólo por ingenuidad, hoy más difícilmente comprensible, se podía pretender que quedasen inmunes a ellas las Fuerzas Armadas, erigiéndose, a través de una vanguardia única, en instancia de arbitraje y unificación dotada de un proyecto «arquetipo de los programas de todos los partidos empeñados en el camino hacia el socialismo» (J. Sasportes, en *Jornal Novo*, 5-XII-75). Admitir una vanguardia militar suprapartidaria presupone la certeza de que ésta no accedería a depender de las opciones político-ideológicas vehiculadas por este o aquel partido, consiguiendo situarse en un absurdo centro geométrico; o sea, presupone que el militar conseguiría la suprema abstracción de su cualidad de ciudadano, lo que sería el último de los sacrificios exigibles. Una de dos: o, como sucedió, la vanguardia se descoyuntaba internamente o, al mantenerse una, era la sociedad civil la víctima del inevitable descuartizamiento.

En tercer lugar, porque los partidos políticos conquistaron en la sociedad civil un lugar amplio, decisivo y ni siquiera parcialmente sustituible, dispensando perfectamente tutelas militares suprapartidarias.

No fue en el MFA, como pretendida vanguardia nacional, donde el pueblo portugués se reconoció políticamente, sino en los partidos políticos de su confianza. En efecto, éstos, al contrario que el MFA, no eran estructuras elitistas y cerradas, sino organizaciones de masas abiertas a la participación y control de todos, dotadas de proyectos nacionales, cuya elaboración y aplicación podía, efectivamente, ser objeto de libre crítica. Los partidos políticos tienen la gran ventaja de poder ser vanguardias abiertas, íntimamente ligadas al pueblo y por él escogidas, participadas y controladas.

2) El tipo de articulación entre la democracia representativa, la democracia «basista» y la vanguardia nacional-militar propuesto por el Grupo de Intervención Socialista, que pareció asumir la función teorizadora del pro-

yecto de esta corriente nacional-militar, terminaba siendo objetivamente anti-democrática.

En efecto, la democracia representativa era aceptada a título de «exigencia política mínima de la pequeña burguesía», que impedía, en una fase de transición, la «manipulación y posterior aplastamiento de las organizaciones de poder en la base por aparatos de vocación dirigista y burocrática» o de la «degeneración anarquizante y voluntarista» de éstos, y como «garantía de la limitación de poderes que asegure el pluripartidismo como expresión política de las contradicciones existentes en el bloque revolucionario». Encuadrados entre la «vanguardia nacional» y la «democracia de base», los esquemas de la democracia representativa y después los partidos políticos verían su papel reducido a una presencia más simbólica que real, transformados en una especie de mero respiradero para las tensiones existentes, sin capacidad todavía de intervención decisiva en la definición del sentido y del ritmo de las transformaciones a efectuar en la sociedad.

e) *Las contradicciones dentro del MFA y el papel del PS en la vuelta al proyecto democrático*

Sin embargo, cabe preguntar aquí: las Fuerzas Armadas, expurgadas de sus mandos y cuadros salazaristas inmediatamente después del 25 de abril, ¿se reconocían totalmente, ya en el proyecto presidencialista de Spínola, ya en las tres corrientes del proyecto nacional-militar? Dentro de la propia élite militar que asumió revolucionariamente el liderazgo de las Fuerzas Armadas el 25 de abril, el MFA, ¿estarían todos sus miembros realmente comprometidos en las tres corrientes del proyecto nacional-militar? Creo que el futuro respondió negativamente. Si es cierto que las principales figuras públicas del MFA se dejaron arrastrar en determinado momento por una u otra de estas corrientes, concretamente por la última, otras hubo que se resistieron a tal seducción y se batieron por el espíritu inicial del 25 de abril, por su proyecto democrático.

Por eso, el «documento de los nueve», marco fundamental de la lucha contra las corrientes gonçalvista y «basista», concitó la adhesión no sólo de los partidarios de la corriente nacional militar tercermundista, sino también de muchos de esos militares que permanecían fieles al proyecto democrático del 25 de abril. El fracaso rotundo de las corrientes gonçalvista y «basista» del proyecto nacional-militar, la descomposición operada en el seno del MFA y, por reflejo inevitable, de las Fuerzas Armadas, llevarían a muchos de los que se dejaron seducir por él a reconsiderar su posición y a preguntarse si las consecuencias provocadas por esas dos corrientes no serían también fruto

de aquello que es común a las tres, o sea, de aquello que es específico del proyecto nacional-militar como tal: el papel vanguardista de las Fuerzas Armadas en el proceso revolucionario.

Dicho papel, al final, acababa por contradecir el proyecto democrático inicial del MFA, tal como resultaba de su programa.

Un proyecto democrático que, más allá de la descolonización, se asentó en otros dos pilares fundamentales: en el plano político, la devolución al pueblo portugués del ejercicio pleno de la soberanía a través de representantes libremente elegidos y del respeto de todas las libertades y garantías fundamentales, sin ninguna nueva tutela, y en el plano socioeconómico, una nueva política económica al servicio del pueblo portugués y en particular de las capas de la población más desfavorecidas, implicando una estrategia anti-monopolística, y una nueva política social buscando la defensa de los intereses de las clases trabajadoras (cfr. programa del MFA). No podía ser de otro modo, ya que el antiguo régimen dictatorial tenía como política socioeconómica la defensa del capital monopolista a costa de la opresión de las masas trabajadoras: *Estado autoritario y capital monopolista eran, en efecto, dos estructuras difícilmente dissociables*. Por eso, la legitimidad revolucionaria del 25 de abril, resultante del hecho revolucionario y de su sólido apoyo popular, fue simultáneamente, además de descolonizadora, democratizadora y socializante porque era antimonopolística. Pero no fue ni neocolonizante, ni vanguardizante o bonapartista, ni neomonopolizante o declaradamente socialista.

Por eso, tanto atentaron contra la legitimidad revolucionaria del MFA aquellos que, como los spinolistas, pretendieron desviarla en un sentido bonapartista-monopolista como aquellos que, al amparo del proyecto nacional-militar, pretendieron imponer el socialismo, fuese éste burocrático, «basista» o pluralista-«basista», por vía del vanguardismo militar, que es siempre anti-democrático aun cuando acepte la permanencia, bajo tutela, claro está, de formas de democracia representativa.

Le correspondió al PS, a lo largo de este período, un papel determinante y decisivo en la vuelta del MFA al proyecto democrático inicial. Su oposición al proyecto nacional-militar fue un dato constante a lo largo del famoso «Proceso revolucionario en curso» (PREC). Desde la lucha contra la ley de la «unidad sindical», iniciada en enero de 1975, pasando por la resistencia obligada a compromisos en relación al «I Pacto constitucional MFA/partidos» (marzo de 1975) —verdadera moneda de cambio para la realización de las elecciones a la Asamblea Constituyente en abril del mismo año— hasta la movilización popular del verano siguiente, el PS se afirmó siempre como el paladín de un modelo de democracia parlamentaria occidental, aunque pro-

visionalmente tutelada por un órgano revolucionario militar, de competencias restringidas, no obstante, al ámbito de la gestión de la organización militar por un lado y de la fiscalización del cumplimiento de la Constitución por otro. Con algunas cesiones impuestas por la corriente socialista-«basista» del proyecto nacional-militar, con ocasión de la negociación del II Pacto constitucional (febrero de 1976), fue éste el modelo que acabó por prevalecer.

En efecto, para el PS, los partidos políticos y los esquemas de la democracia representativa, en su forma más acabada y consecuente, estuvieron siempre lejos de ser considerados invenciones de la burguesía para perpetuar su dominio, más bien fueron considerados como lentas, difíciles y preciosas conquistas de las clases trabajadoras y de sus partidos a lo largo de la historia contemporánea. La democracia representativa no podía estar, por eso, condenada a una desaparición más o menos rápida, ya que se trataba de una pieza esencial de cualquier organización político-social pluralista, en una perspectiva de sociedad abierta, sin determinismos históricos y destinos terminales. Entre un esquema que dotaba la democracia representativa de efectiva capacidad de intervención, sin perjuicio, claro está, del desarrollo de elementos de democracia de base o participativa, y un esquema totalitario no podía haber, desde el punto de vista del PS, terceras vías de compromiso, que estarían condenadas a no pasar de cortos períodos de transición de un esquema a otro.

De este modo, sólo en el marco de la democracia representativa se pueden y se deben desarrollar las formas de democracia de base. La dinámica antimonopolista de este proyecto democrático provoca, por otra parte, necesariamente la emergencia de un poder democrático de los trabajadores, asentado en experiencias autogestionarias y de control de gestión conducidas por las comisiones de trabajadores, y en experiencias de resolución directa de los problemas locales que afectaban a las condiciones de vida de las clases trabajadoras, dirigidas por las comisiones de vecinos en colaboración con las entidades locales. Simplemente, estos órganos de democracia de base en ningún caso se podrían estructurar en una pirámide de sucesivas delegaciones representativas que, sobrepasando los proyectos globales de transformación de la sociedad de las organizaciones de masa de los partidos políticos, falsificasen las opciones reales del conjunto de la población, instituyendo un pretendido poder popular, fácilmente instrumentable por un aparato partidario de vocación manipuladora, centralizadora y disciplinadora. Un tal poder popular de base, por consiguiente, en breve plazo se transformaría en un poder antipopular de la cúpula.

Sólo, pues, una dialéctica constante entre estas dos formas de democracia podría corregir los vicios o imperfecciones que acechan tanto a una como a

otra. Como se dice en su primera Declaración de Principios, «el PS entiende, en efecto, que una democracia de Estado sin democracia de base corre el riesgo de separarse del pueblo y que una democracia de base sin democracia de Estado corre el riesgo de caer o en la inoperatividad o en el totalitarismo».

De hecho, corresponde a los aparatos sindicales y partidarios, como aparatos nacionales ampliamente participados y vehiculadores de estrategias de reivindicación y transformación globales, promover la necesaria articulación entre la intervención directa o localmente representativa en la base y la intervención central en las piezas fundamentales del aparato del Estado.

II. REFLEJOS CONSTITUCIONALES DE LA DIALECTICA PS/MFA

La caracterización ideológica que comenzamos haciendo del PS en la Revolución de abril y la dialéctica que se generó entre su proyecto democrático y el proyecto nacional-militar acabaron por tener reflejos decisivos en el texto constitucional elaborado por la Asamblea Constituyente. Intentemos compendiarlos en sus dos tipos principales: de orden ideológico-programático y de orden institucional.

1. *De orden ideológico-programático*

Es en un contexto de evolución ideológica interna, en confrontación con una realidad en mutación tanto en el plano político como en el económico, en el que los socialistas contribuyen a la elaboración de una Constitución cuyos trazos ideológicos esenciales acaban por reflejar esta dialéctica más global que mientras tanto laceraba a la sociedad civil. El modelo constitucional está, sin embargo, lejos de ser un modelo rígido, como con frecuencia se podría pensar por la lectura que el PCP hace de él. Y la marca marxista, sin duda presente en algunos de sus artículos más ideológicos, no contiene en sí el peso ni la carga dogmática necesarias para vincular la Constitución a una inspiración ideológica dominante. Hubo, sí, la preocupación —tal vez no siempre bien conseguida— de combinar en el texto constitucional influencias ideológicas diversas —de la neoliberal a la neomarxista—, en una tentativa de síntesis entre los valores de la democracia liberal y los del socialismo democrático, con algunas ambigüedades, de las que el famoso artículo 2 es verdaderamente uno de los mejores y más acabados ejemplos: «La República portuguesa es un Estado democrático, basado en la soberanía popular, en el

respeto y en la garantía de los derechos y libertades fundamentales y en el pluralismo de expresión y organización política democráticas, que tiene por objetivo asegurar la transición hacia el socialismo mediante la creación de condiciones para el ejercicio democrático del poder por las clases trabajadoras» (1).

Este artículo 2 es un verdadero ejercicio de acrobacia ideológica y de compromiso político interpartidario. Pero es por eso mismo también una puerta abierta a múltiples equívocos y un estímulo para actitudes de recíproca hipocresía. La primera parte de la definición presentada es lógicamente subvertida por la segunda, en la medida en que se pretende de partida subordinar el principio de la soberanía popular al objetivo de la «transición hacia el socialismo». La contradicción es disfrazada, sin embargo, por el recurso a un concepto de socialismo tan extenso que en él se podría reconocer la mayoría aplastante del pueblo portugués y de sus partidos más representativos, incluyendo al PSD, ya que todos inscribían, de una forma o de otra, aquel objetivo en sus respectivos programas. Pero, como se deduce de los principios de lógica formal conocidos, cuanto más extenso es un concepto, menor es su comprensión y contenido. En el caso presente, se transforma incluso en una especie de *passé partout* que acaba por vaciarse de cualquier sentido útil e ideológicamente riguroso, a pesar del esfuerzo final, en la definición en cuestión, de una referencia al «ejercicio democrático del poder por las clases trabajadoras», como tentativa de demarcación entre un «socialismo democrático» y un «socialismo burocrático». El PCP, sin embargo, no podría dejar de adherir en sede teórica tal referencia, como siguen haciendo los próceres de las sociedades socialistas burocráticas, a pesar de sus prácticas contradictorias. Sería en el plano programático, concretamente en el título sobre la organización del poder económico, donde los constituyentes intentarían precisar, en términos de modelo presente y futuro de la sociedad, más que el concepto de socialismo, el concepto de transición hacia el socialismo. Pero, como veremos, ese modelo programático sólo por sí no introduciría necesariamente la dinámica subyacente a tal concepto; por el contrario, se mostraría perfectamente compatible con una sociedad democrático-pluralista, respetando los principios fundamentales de la economía de mercado.

(1) Fue en base a una propuesta de mi autoría como se llegó a esta redacción. En el contexto revolucionario de la época, era la propuesta del compromiso posible. El CDS se abstuvo en la votación del pleno. El PCP se abstuvo igualmente después de haber votado en contra en la comisión especializada. Lo que no deja de ser significativo. Tal hecho no me impide, sin embargo, reconocer sus insuficiencias y contradicciones en el plano jurídico-constitucional, a pesar de las ventajas que presentó en el plano político en el contexto revolucionario de la época.

En la práctica tal modelo acabó por postular un concepto de socialismo mucho más próximo a la formulación de la tradición reformista que de la tradición marxista, a pesar de la tónica colectivizante de algunos artículos, señaladamente el 80 y el 90 (2). Incluso la importancia atribuida a las nacionalizaciones, a la propiedad social y a las formas autogestionarias, acababa por verse anulada o minimizada por la simple aplicación de las reglas de la democracia pluralista impuestas por el marco jurídico-constitucional.

2. *De orden institucional*

Fue en este nivel donde la nueva relación de fuerzas creada dentro del MFA con el 25 de noviembre determinó alteraciones más importantes en el Pacto constitucional firmado con los partidos políticos. En cuanto al primer pacto, anterior a las elecciones para la Asamblea Constituyente, atribuía al Consejo de la Revolución amplios poderes de control sobre el poder político, limitando fuertemente la soberanía efectiva de los órganos legitimados por el sufragio popular (3); ya este segundo Pacto representa un retroceso importante con relación a las tesis vanguardistas consagradas en el primero: eliminando la Asamblea del MFA y manteniendo, no obstante, el Consejo de la Revolución como órgano de soberanía de composición estrictamente militar, pero con poderes ya bastante limitados, gracias, por otra parte, a la resistencia operada por los principales partidos democráticos a las disposiciones que evidenciaban todavía un propósito tutelador. Además de conservar lo exclusivo de las competencias en el campo militar, el Consejo de la Revolución veía sus funciones prácticamente reducidas a la fiscalización de la constitucionalidad de las leyes y a una acción meramente consultiva junto al Presidente de la República.

(2) Art. 80: «La organización económico-social de la República portuguesa se basa en el desarrollo de las relaciones de producción socialistas, mediante la apropiación colectiva de los principales medios de producción y suelos, así como de los recursos naturales, y el ejercicio del poder democrático de las clases trabajadoras...»

Art. 90: «1. Constituyen la base de desarrollo de la propiedad social, que tenderá a ser predominante, los bienes y unidades de producción con posesión útil y gestión de los colectivos de trabajadores, los bienes comunitarios con posesión útil y gestión de las comunidades locales y el sector cooperativo. 2. Son condiciones del desarrollo de la propiedad social las nacionalizaciones, la planificación democrática, el control de gestión y el poder democrático de los trabajadores. 3. Las unidades de producción gestionadas por el Estado y otras personas colectivas públicas deben evolucionar, en la medida de lo posible, hacia formas autogestionarias.»

(3) Cfr. concretamente el punto 3.2.c): ¡los principales actos de la Asamblea Legislativa tendrían que ser sancionados por el Consejo de la Revolución.

Nótese aún que la necesidad de la existencia de un órgano con estas características, durante un período transitorio, nunca fue puesta en la de juicio por el Partido Socialista. Las vicisitudes del proceso revolucionario portugués, el propio papel determinante de las Fuerzas Armadas en el desencadenamiento de la ruptura con el régimen anterior, la fragilidad manifestada por las instituciones democráticas en sus primeros pasos de vida, las profundas contradicciones que desgarraban a la sociedad portuguesa con amenazas de enfrentamientos provocados por extremismos de derecha y de izquierda y la consiguiente inestabilidad, aconsejaban, en el propio interés de la consolidación de una vía democrático-parlamentaria, encontrar una forma institucional de garantizar el compromiso de las Fuerzas Armadas en la defensa del nuevo régimen y evitar cualquier tentativa golpista de toma del poder o del chantaje al poder legítimo, en el que el PREC fuera fértil.

Habría sido por parte del PS una posición simplista e irresponsable pretender reducir de inmediato el papel de las Fuerzas Armadas portuguesas al de las restantes Fuerzas Armadas de los largos y estables regímenes democráticos occidentales, regímenes estos cuyos hechos revolucionarios de nacimiento y subsecuentes evoluciones tuvieron características diferentes de las que se verificaron en Portugal.

Se puede, incluso, añadir que la designación por el PS del general Eanes para candidato a la Presidencia de la República resultó de idéntica preocupación. Se trataba de intentar reforzar todas las válvulas de seguridad del joven régimen y de prevenir cualquier amenaza de involución antidemocrática, fuese en el sentido en que fuese. Eanes fue escogido exclusivamente en cuanto representante de un poder militar que daba garantías de respeto por las instituciones democráticas. El doble Presidente de la República (militar)/Consejo de la Revolución (militar) pasaría de este modo a actuar como garante de la consolidación de la vía democrático-parlamentaria, desempeñando en Portugal un papel análogo al del Rey D. Juan Carlos en España.

Subráyese, sin embargo, que a lo largo de los seis años de vigencia de esta arquitectura constitucional, la importancia práctica del Consejo de la Revolución se fue reduciendo considerablemente en favor del Presidente de la República y de la nueva jerarquía militar por él escogida, de orientación predominantemente conservadora. Así se explican las marginaciones de las que acabaron por ser víctimas los miembros de aquel órgano, después de su extinción en la revisión constitucional de 1982. E incluso el poder de fiscalización de la constitucionalidad de las leyes se vio bastante autolimitado por la voluntad de respetar sistemáticamente los pareceres de la Comisión Constitucional, compuesta por juristas de reputado mérito. En cuanto a las funciones consultivas, importantes sobre todo en momentos de crisis gubernamental,

tiva, fueron siempre ejercidas en los momentos cruciales (disoluciones de la Asamblea de la República, sobre todo) en plena concordancia con las decisiones previamente tomadas por el Presidente de la República.

A pesar de eso, es cierto que el Consejo de la Revolución acabó por impedir la promulgación de legislación en el campo económico-social, aprobada por gobiernos liberales-conservadores de la Alianza Democrática, que representaban un retroceso considerable con relación a los parámetros programáticos del texto constitucional.

Ya las relaciones que estableció con él el PS hasta el final de su mandato discurrieron bajo el signo de la ambigüedad, como reflejo, por otra parte, de la particular dialéctica que se generó entre su secretario general, Mario Soares, y el Presidente de la República, general Eanes, y que analizaremos en el próximo punto. De un modo general, las aproximaciones y distanciamientos del PS con relación al Consejo de la Revolución acompañaron los mismos movimientos que caracterizaron sus relaciones con el Presidente de la República, a pesar de la búsqueda ocasional de algunas alianzas tácticas con algunos de sus miembros, ya en momentos de crisis gubernativa, ya incluso cuando se estudió la cuestión del apoyo o no a un segundo mandato presidencial de Eanes.

La victoria de Soares en la crisis interna del PS en 1980-1981 determinó, sin embargo, una vía de progresiva separación, que condicionó la forma en que fue llevada a cabo la revisión constitucional de 1982, con la reducción de algunos poderes presidenciales y la eliminación, sin ninguna compensación para sus miembros, del Consejo de la Revolución, en términos considerados en el momento poco respetuosos de su dignidad moral y de la forma en que ejercieron sus cargos.

Así se cerraba el ciclo de la dialéctica entre el proyecto nacional-militar —progresivamente, por otra parte, reducido en su amplitud por vía de la hegemonía alcanzada primero por el PS y después por la AD en el plano civil y político y de la concomitante subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político legitimado por el sufragio universal— y el proyecto democrático-parlamentario, del que el PS fue el principal paladín a lo largo de todo este proceso. Más aún, mientras esa dialéctica se veía gradualmente vaciada de contenido, otro tipo de conflicto iba emergiendo y pasaba a condicionar decisivamente la actuación del PS: se trata del proceso de enfrentamiento con el general Eanes, que conoció varios y diferentes episodios desde la experiencia del primer Gobierno constitucional (1976-1977) hasta la ascensión y caída del Partido Renovador Democrático, formado a la sombra de aquél (1985-1987).

III. EL PARTIDO SOCIALISTA EN EL GOBIERNO Y EN LA OPOSICION:
EL ESPECTRO DE LA DIALECTICA EANISMO/SOARISMO (1976-1985)

¿Ultimo vestigio de la dialéctica con el proyecto nacional-militar o una dialéctica de tipo nuevo?, se preguntará. La respuesta no es simple. En la medida en que Eanes fue escogido para Presidente como consecuencia de su representatividad en las Fuerzas Armadas y como garantía del respectivo compromiso en la defensa de las instituciones democráticas, su presencia y actuación en el teatro político-constitucional podría siempre ser vista desde dos ángulos distintos: como mandatario de los intereses de la institución militar y de un proyecto de relativa subalternización de los partidos políticos y de la institución parlamentaria en beneficio de la institución presidencial-militar (retomando así en un nuevo contexto y con características específicas el proyecto spinolista), o como portador de un proyecto personal, fundamentado en un conjunto de valores éticos que ponían en cuestión la forma tradicional de actuación política de los partidos existentes y sus respectivos líderes, y lo llevarían, fallada la posibilidad de refuerzo de sus poderes presidenciales, a estimular la creación de su propio partido como forma de condicionar la actuación de los demás partidos tras el final de su segundo mandato presidencial.

Queremos creer que el «eanismo» fue una mezcla de estas dos actitudes, con especial relevancia para la primera en el primer mandato y para la segunda en el segundo, más allá de los permanentes cruzamientos entre ambas en una trama, por así decir, inextricable.

Es el enfrentamiento con este proyecto complejo el que pasará a determinar en gran parte la actuación del PS y de su líder, condicionando las respectivas estrategias, originando una profunda crisis interna, provocando en parte la grave derrota electoral de 1985, suscitando, sin embargo, el inmediato movimiento de renovación interna, hasta el suicidio final del «eanismo» en la crisis y elecciones de 1987. Su precio acabó por ser todavía el del surgimiento, por primera vez desde el 25 de abril, de una mayoría absoluta parlamentaria de un solo partido y de centro-derecha, el PSD, a la postre el principal beneficiario de esa dialéctica mortal entre soarismo y eanismo, que pasamos a relatar.

1. *El primer y segundo Gobiernos constitucionales (1976-1978):
del aislamiento del PS a los primeros síntomas
del conflicto institucional*

El 35 por 100 de los votos obtenidos en las elecciones de 1976, correspondiente al 43,4 de los mandatos parlamentarios, el papel decisivo desempeñado a lo largo de todo el proceso de institucionalización de la democracia, la base de confianza mutua inicialmente establecida con el general Eanes, que sólo aceptó presentarse después de obtenido el apoyo formal del PS, fueron determinantes en la decisión tomada por la dirección socialista de optar por un gobierno minoritario, aunque basado en una fuerte minoría, que sólo la oposición cruzada de los partidos de derecha y de los comunistas podría derribar. El clima era entonces de benévola expectativa y de anhelo generalizado por la estabilidad necesaria para la superación de las graves dificultades económicas y financieras derivadas de la conjunción de la crisis internacional y de la agitación revolucionaria. El éxito de tal fórmula gubernamental dependería fundamentalmente de la capacidad de diálogo con los restantes partidos y los aliados sociales que el PS viniese a mostrar, del mantenimiento del clima de confianza con el Presidente de la República y del mayor o menor éxito en el combate a la crisis económico-financiera y en el control de sus efectos en el plano social.

Ahora bien, durante el primer año de gobierno fue patente por parte del PS una cierta actitud de aislamiento arrogante, fruto de algún triunfalismo precipitado y de una buena dosis de autoconvencimiento sobre la excelencia de sus competencias gubernativas. Aislacionismo que se manifestó igualmente en la propia relación que se estableció entre el elenco gubernativo y el Primer Ministro Mario Soares y el aparato partidario y su dirección política, de aquí en adelante relegados al papel secundario de simple correa de transmisión de las orientaciones y justificaciones gubernamentales, sin ninguna influencia en la definición de la política a seguir. La derrota en el segundo Congreso del ala izquierda del PS, liderada por Lopes Cardoso y que llevaría a la dimisión de éste del Ministerio de Agricultura, facilitó aún más esa tal línea de actuación. El malestar creado por esta actitud comenzó a manifestarse poco a poco.

El PSD y el CDS esbozan algunos puntos de entendimiento para hacer frente al Gobierno. Pero es el Presidente de la República quien, en su discurso del 25 de abril de 1977, asume una posición más crítica y distanciada con relación al Ejecutivo mandado por Mario Soares. Las hostilidades quedaban abiertas de ahora en adelante. Se confirmaba la dificultad de relacio-

nes y colaboración entre dos personalidades tan distintas como Soares y Eanes. Soares tenía la tendencia a subestimar a un militar a quien se figuraba con pocas cualidades políticas y propendía a actuar como si estuviese dotado de plenos poderes. Eanes, por su lado, empezaba a desconfiar de las capacidades gubernativas del Primer Ministro, que mostraba conocer mal los principales *dossier* de la gobernación, preparaba deficientemente las reuniones de trabajo y daba muestras de poca capacidad de diálogo institucional.

A su vez, los comunistas surgían como las principales víctimas de un Gobierno coherentemente resuelto a neutralizar las secuelas del PREC y a barrer su influencia del aparato del Estado.

El combate a la crisis económico-financiera conoce a su vez un relativo fracaso, determinado en gran medida por la contradicción que desde muy temprano se manifiesta entre la política de sentido expansionista del Ministerio de Planificación y la política restrictivista del Ministerio de Hacienda. Son políticas cuyos efectos se van anulando recíprocamente, generando el *impasse* y el agravamiento de los índices económicos.

A partir del verano de 1977, Soares, presintiendo el peligro y presionado por el grupo parlamentario socialista, resuelve modificar la estrategia hasta entonces seguida. Se esbozan los primeros puentes de entendimiento con el PSD, que llevan a la aprobación conjunta en la Asamblea de la República de dos leyes de importancia crucial en el campo económico-social: la Ley de la delimitación entre el sector público y el sector privado, que definió con claridad los sectores básicos de la economía vedados a la iniciativa privada, y la Ley de bases de la reforma agraria, que pretendía enmarcar en un nuevo orden las expropiaciones de latifundios realizadas o a realizar, de manera que pudieran coexistir tres sectores de propiedad agrícola en términos equilibrados: la propiedad colectiva o cooperativa, la propiedad empresarial, resultante de la atribución de «reservas» a los antiguos latifundistas, y la pequeña y mediana propiedad agrícola. La aproximación entonces esbozada entre socialistas y socialdemócratas acabó por no ser llevada hasta sus últimas consecuencias por recelos mutuos derivados de las preocupaciones de orden competencial que naturalmente dominaban a los dos mayores partidos políticos portugueses, condenados a disputar entre ellos el fluctuante electorado del centro.

El agravamiento de la crisis financiera, fruto de las sucesivas vacilaciones gubernamentales, hace entonces inevitable el recurso a un acuerdo con el FMI. Ponderando los inconvenientes de asumir en solitario tan graves responsabilidades, el gobierno decide presentar una moción de confianza a la Asamblea de la República. La votación cruzada de las diferentes oposiciones la rechaza sin margen de dudas. El primer Gobierno socialista cae enreda-

do en sus propias vacilaciones, dilapidado el capital inicial de expectativa benévola y confianza, progresivamente aislado con respecto a las oposiciones parlamentarias y al Presidente de la República, a pesar de las tímidas tentativas de diálogo que esbozó a partir de determinado momento. Todavía la forma digna en la que se batió contra las oposiciones conjugadas de derecha y de izquierda, unido a una difusa conciencia nacional de las dificultades de la crisis financiera y de la ausencia de alternativas en el plano parlamentario, contribuyó a hacer renacer un cierto capital popular de simpatía favorable a una segunda experiencia gubernamental bajo la égida del PS.

Es en este contexto cuando la estrategia presidencial echa mano de la exigencia de un «apoyo parlamentario mayoritario estable y coherente» como estrategia destinada a controlar y limitar la hegemonía del PS por vía de un acuerdo interpartidario de incidencia gubernativa o, en el caso improbable de la inviabilidad de éste, abrir camino a una mayor intervención de Eanes en la vida política mediante la formación de un gobierno de iniciativa del propio Presidente. El acuerdo entre el PS y el CDS para la formación del II Gobierno Constitucional surge en tal contexto como una tentativa desesperada por parte de los socialistas de evitar el segundo de estos objetivos y de reducir al mínimo la eficacia del primero. Como tentativa desesperada, su fragilidad era manifiesta. Las bases de los dos partidos nunca consiguieron digerir una alianza aparentemente *contranatura* y los esfuerzos de persuasión de las respectivas direcciones se revelaban infructuosos. El desgaste moral de los socialistas era cada vez más evidente y difícilmente compensado por el éxito alcanzado por el Gobierno en las negociaciones con el FMI y por la eficacia con que fue dirigida entonces la política económico-financiera por el ministro Víctor Constancio. Ni el clima de apaciguamiento que se procuró crear en la zona de la reforma agraria ni las medidas progresistas adoptadas en el sector de la salud y de la cultura fueron suficientes para compensar tal desgaste. Acabaron por servir de pretexto para la denuncia por el CDS del acuerdo firmado, poco después de que el propio Presidente, en discurso pronunciado de nuevo en las conmemoraciones del 25 de abril, se hubiera desmarcado una vez más del Gobierno.

2. *La amenaza eanista y las crisis gubernativas: los gobiernos de iniciativa presidencial (1978-1979)*

La crisis que siguió reveló en toda su extensión los propósitos de intervención presidencial de Eanes y llevó al límite máximo su confrontación

con el PS y Soares. Se abre así un período de guerrilla permanente entre los gobiernos de iniciativa presidencial y una Asamblea liderada en los momentos clave por los socialistas, que apelaban a la solidaridad de los partidos parlamentarios contra los riesgos de una excesiva intervención presidencial-militar en la vida política.

Al optar por dimitir al Gobierno en vez de dejarlo someterse al veredicto parlamentario, Eanes modifica la práctica constitucional del semipresidencialismo en un sentido de más fuerte propensión presidencial, con la correspondiente postergación del vector parlamentario.

¿Con qué objetivo?, se preguntará. ¿El de imponer un entendimiento entre los dos partidos principales, PS y PSD, como llegó a ser insinuado, o el de intentar la formación de un fuerte movimiento de apoyo a gobiernos de iniciativa presidencial, susceptible de presentarse más tarde como gran partido alternativo? Eanes optó, en esta ocasión como en otras, por la ambigüedad, tanteando siempre las ventajas y desventajas de una u otra de estas hipótesis. Ambigüedad que le costó en breve la retirada del apoyo de influyentes sectores conservadores para quienes el presidencialismo eanista surgiera inicialmente como el medio institucional que, en un contexto hasta entonces de hegemonía socialista, llevaría más rápidamente adelante su proyecto de cambio del régimen constitucional por el recurso al referéndum que dispensase la observancia de la regla de la mayoría de los dos tercios de los diputados. El nebuloso proyecto eanista acabará así por perder terreno en favor del proyecto conservador-liberal de coalición de los dos partidos de derecha, el PSD y el CDS. Además, el Gobierno de iniciativa presidencial de Mota Pinto, que progresivamente se desmarcara de la tutela de Eanes hasta ser cesado por éste, de cara a la amenaza de su caída parlamentaria, de algún modo fue preparando el terreno para el éxito de este último proyecto.

La disolución de la Asamblea de la República a mediados de 1979 es contraria una vez más a la voluntad de los socialistas, que se disponían a formar un gobierno con el apoyo parlamentario del numeroso grupo de diputados disidentes de un PSD en crisis provocada por la irrupción del fuerte liderazgo de Sá Carneiro. El PS sentía escapársele la última oportunidad de gobernar Portugal en un contexto de relativo desahogo financiero, al que contribuyera decisivamente la política de su segundo Gobierno en 1978, y poder todavía recuperar suficiente apoyo popular para una nueva victoria electoral en las elecciones de 1980 que pondrían término a la primera legislatura.

Decididamente, Eanes parecía apostar por la erosión política de Soares. ¿En provecho de qué o de quién? El nombramiento de María de Lourdes Pintasilgo para mandar el gobierno de iniciativa presidencial de gestión hasta las elecciones indica un viraje a la izquierda en el nebuloso y ambiguo pro-

yecto eanista. Contribuirá a una acentuación de su confrontación con el proyecto conservador, sin con eso garantizarle el apoyo de los socialistas, todavía muy desconfiados por los contornos de ese proyecto y resentidos por el rechazo de la posibilidad que deseaban de una buena gobernación. Curiosamente, son los comunistas quienes, con su fuerte sentido táctico de la oportunidad y en coherencia con la primacía que siempre concedieron a la alianza con el poder militar, surgen como el único apoyo de Eanes en el plano partidario. El giro a la izquierda del proyecto eanista le ha de ser fatal. La posibilidad de que la experiencia del gobierno Pintasilgo prosiguiese más allá de las elecciones, por falta de una mayoría parlamentaria salida de ellas, como parecía ser el deseo de Eanes, es anulada por la victoria de la AD. Las ambigüedades, desaciertos y oscilaciones de Eanes, aliados a su sistemática hostilidad a Soares y al PS como consecuencia del mal clima de relaciones creado a lo largo de la gobernación de los socialistas, tuvieron como resultado la entrega del gobierno al bloque conservador-liberal. Este pasaba así a disponer de un primer e importante instrumento de conquista del Estado y de inflexión del régimen constitucional en un sentido que le permitía la perpetuación en el poder (alteración de la ley electoral, cambio de la organización económico-social). El refuerzo de la nueva mayoría parlamentaria en las elecciones de 1980, que daban inicio a una nueva legislatura, y la elección de un Presidente de la República de la confianza de ese bloque, completarían las condiciones institucionales necesarias para la aplicación de ese proyecto. La disponibilidad financiera del Estado para permitir una política electoralista de nueve meses aseguraría fácilmente por lo menos el primero de esos objetivos.

3. *La oposición a la AD y la contribución del PS a la reelección de Eanes: del declive electoral a la crisis interna de los socialistas (1979-1981)*

Desgastado por dos años de actividad gubernativa en difíciles condiciones financieras, asociado en la imaginación popular a las incomodidades de la política de austeridad, víctima por otro lado del cansancio que siempre suscita un año de guerrilla parlamentaria con el Presidente y lo convertían en corresponsable de una sensación de inestabilidad, aislado ante la marea creciente de la onda conservadora-liberal (que introducía la posibilidad de una experiencia nueva para la franja central del electorado oscilante, que se determina más por razones pragmáticas que ideológicas), el PS estaba condenado a la severa derrota electoral que sufrió en 1979 (27 por 100). Ni la

renovación ideológica llevada a cabo en su III Congreso a mediados de 1979 ni la entrada en su Secretariado Nacional de un nuevo equipo de cuadros dirigentes presentados con una imagen de fuerte competencia técnica y apertura a los desafíos de la modernidad fueron suficientes para contrarrestar factores tan pesados y decisivos como aquéllos. Incluso así, se puede afirmar con seguridad que esa doble renovación fue un arma importante para garantizar una ligera recuperación en las elecciones de 1980 y contribuyó incluso decisivamente a la derrota del candidato presidencial de la AD inmediatamente después.

El PS que surge a lo largo de 1980 en oposición al proyecto conservador-liberal es un partido en franca recuperación de su tono moral, aguerrido y determinado, consciente de la necesidad de desmarcar su proyecto de sociedad no sólo del modelo colectivista-burocrático de los comunistas, sino también del modelo neoliberal de la derecha. Los años 1979-1980 fueron determinantes en la elaboración teórica de un proyecto moderno del socialismo democrático, liberado tanto de las tentaciones colectivistas como de las tentaciones neoliberales, definitivamente separado de una concepción terminal y cerrada de la historia, sensible a una dinámica abierta del progresismo reformista, en la base de un modelo de economía mixta con equilibrada articulación entre las exigencias del mercado y las orientaciones de la planificación y de democracia participada y descentralizada. Muchas de las pretendidas novedades teóricas propagadas por la llamada «izquierda liberal» a partir de 1984 ya en este momento habían sido objeto de reflexión y asimilación por parte de los socialistas, como se podrá comprobar en la lectura de la introducción teórica al documento «Diez años para cambiar Portugal» aprobado en el III Congreso (4).

No será, pues, en función de las divergencias ideológicas como se distingan en este momento las corrientes internas del PS, sino mucho más en función de los diferentes itinerarios políticos hasta entonces seguidos por sus dirigentes, en la diversidad de la retórica utilizada en el discurso político, en las afinidades personales y, en cierta medida ya, en la mayor o menor proximidad y confianza con relación al líder, Mario Soares. En términos ideológicos, no será excesivo considerar que el PS de esta época anticipó en muchos aspectos el esfuerzo de renovación posteriormente operado por los partidos congéneres de España y Francia. La superación de su declive electoral en 1980, obtenida contra un gobierno en permanente campaña electoral, se debe sin duda en gran medida a esta nueva imagen de los socialistas, que

(4) Cfr. *Dez Anos para mudar Portugal: Proposta PS para os anos 80*, Ed. Portugal Socialista, 1979, págs. 37-41.

recuperan cerca del 15 por 100 de los votos comunistas, que bajan del 19 al 16 por 100.

Será el rocambolesco episodio de la súbita retirada del apoyo de Soares a la nueva candidatura de Eanes lo que determinará la futura crisis interna del PS y la nueva disposición de sus corrientes internas. Una vez más la dialéctica eanismo/soarismo pesará decisivamente en el destino de los socialistas.

¿Cuál es el objetivo de Soares al proceder de esa forma, a dos meses de las elecciones presidenciales, cuando se hacía imposible lanzar una alternativa a Eanes contra el candidato de la AD? ¿Por qué esa ruptura después de un período de reaproximación determinada por la necesidad de hacer frente común al crecimiento del proyecto conservador-liberal?

El pretexto invocado —las infelicitísimas declaraciones de Eanes sobre la semejanza de su propio modelo de sociedad con el de la AD, ya entonces reveladoras de una torpeza política que el tiempo acentuaría todavía más— no fue nada más que eso mismo: un pretexto. ¿Para qué? Creemos que la derrota del PS en las elecciones de 1980 fue la verdadera razón que llevó a Soares a revisar su estrategia. De cara al nuevo marco político que se diseñaba en un horizonte de cuatro años, se hacía urgente desembarazarse de alguien que pasaría a funcionar como un fuerte rival en la polarización a la izquierda de la oposición al dominio de la AD. Con la temida posibilidad, dado el comportamiento antecedente, de llegar a protagonizar su propio movimiento de opinión y apoyo, a partir de la movilización electoral y de una eventual victoria en la contienda presidencial. Ello equivaldría a la definitiva postergación de Soares y de su PS en la vida política portuguesa. Para evitar tal peligro, Soares tenía que jugar a fondo la derrota de Eanes y correr el riesgo de la consolidación por unos años del dominio conservador-liberal, con la esperanza de en un cierto tiempo llegar a representar una alternativa, a través del juego de la alternancia y como consecuencia de un previsible desgaste de la AD en el ejercicio del poder. Es su gran oportunidad de deshacerse finalmente de un adversario incómodo y con relación al cual acumulara un importante capital de queja. No es por casualidad que en la carta que dirige a Eanes para anunciarle la retirada de su apoyo afirma textualmente que Eanes se derrotó a sí mismo. Tanto más cuanto en aquella ocasión estaba convencido de que le iba a dar la estocada final.

De baza electoral a jugar en el intento de recuperación del poder por parte del PS (¿no se comprometerá Eanes a viabilizar un gobierno de base PS, aunque minoritario, a cambio del apoyo de los socialistas a su candidatura, contrariando así la tesis defendida por él mismo anteriormente?), Eanes, inviabilizado ese objetivo, surgía ahora a los ojos de Soares transformado en un rival incómodo que era urgente neutralizar. Incluso a costa del

refuerzo del dominio de la AD, que, desde su punto de vista, con seguridad no transgrediría las reglas básicas de un régimen democrático, dado el proceso en curso de integración en la CEE y las garantías que su candidato presidencial se esforzaba públicamente por presentar. Por primera vez, y claramente, Soares contraponía a Eanes un proyecto personal que pasaba por el aniquilamiento del que ya fuera primero su aliado, después su adversario, de nuevo su aliado y finalmente adversario a abatir definitivamente. Proyecto personal que se parapetaba en la preocupación de defender la identidad y autonomía del PS, según él, de ahora en adelante sujeto a la tentación de descaracterización y seguidismo con relación al proyecto personal antagónico de Eanes. Estaban creadas a partir de aquí las condiciones para que la dialéctica soarismo/eanismo se desarrollase progresivamente, perjudicando o beneficiando ya a uno ya al otro de los polos, en sucesivos episodios que tendrían como epílogo el desastre electoral de la izquierda portuguesa en 1987 y la correspondiente victoria del PSD, al final gran víctima aquélla y beneficiario éste de tal dialéctica mortal.

El primer *round* será ganado por Eanes con el apoyo decisivo de un PS, cuya dirección rechaza seguir a Soares en su actitud de quitar el apoyo a la candidatura del Presidente. Es una enorme «herida narcisista» que así se abre en el interior del PS. De consecuencias, por otra parte, muy duras tanto en el plano interno como en el destino político del partido. La opción entonces tomada por los órganos directivos del PS de mantener el apoyo a la candidatura de Eanes fue determinada exclusivamente por la preocupación de evitar el refuerzo del dominio de la AD, dada la imposibilidad de contraponer a su candidato un otro candidato capaz de congregarse a todas las fuerzas de izquierda y de penetrar al mismo tiempo en la capa moderada del electorado, como era el caso de Eanes. La candidatura del propio Soares sería en tal contexto una aventura suicida de la que él mismo era consciente al rechazar las sugerencias que de inmediato le llegaron del interior del PS por parte de sus más fieles colaboradores. Abandonar a Eanes era en tales circunstancias entregar todo el poder a la AD y por un tiempo indefinido. Las alteraciones que de inmediato serían introducidas en la Constitución y en la ley electoral, guardando, sin embargo, las estructuras formales de la democracia, concentrarían por tiempo indefinido el poder político en las manos de la AD y remitirían fatalmente por muchos años al PS a la oposición. A su vez, el riesgo de desencadenar a partir de la candidatura de Eanes una dinámica de instrumentalización del PS surgía como un fantasma remoto e inconsistente, al que no habría que dar crédito. La conjunción de esta «buena conciencia» con aquel reflejo de defensa de cara al peligro de la definitiva victoria del proyecto conservador-liberal fueron determinantes en la rela-

tiva facilidad con que el PS en este período consiguió emanciparse de su líder histórico y movilizarse plenamente en la campaña de Eanes. Pero las heridas estaban definitivamente abiertas. A la herida narcisista le seguía la herida edipiana. La victoria de Eanes, lejos de sanarlas, desencadena entre ambas una dialéctica interna que las hará sangrar todavía más. La mayoría responsable de la dirección socialista por el mantenimiento del apoyo a Eanes estará tentada a aprovechar la dinámica de la victoria obtenida, en contra de la estrategia personal de Soares, para reforzar sus posiciones dentro del partido y persuadir a Soares para compartir de ahora en adelante el poder interno, mediante un modo de funcionamiento más colegiado. ¡Dulce e ingenua ilusión! Soares nunca podría perdonar ese acto de emancipación. Por eso se lanza a la reconquista del partido con la ayuda de un grupo de dirigentes que, a pesar de todo, habían reconocido la necesidad de continuar apostando por la candidatura de Eanes, movidos por el ya referido reflejo de defensa, pero que no dejaban de ser sensibles a la posibilidad de reemergencia de un peligro eanista que consagrarse el mantenimiento de un cierto tipo de tutela militar sobre la democracia portuguesa, con eventuales manifestaciones en una revisión constitucional a la vista. Cada día que pasa entre la victoria de Eanes y el Congreso del PS, salvo algunos aplazamientos que sólo convenían a Soares, crece la influencia de éste y disminuye la influencia del Secretariado socialista. Al cabo de una campaña interna pertinaz, en la que juega a fondo todo su carisma, Soares sale vencedor y reduce a sus adversarios internos a una minoría de un tercio de los delegados. La ausencia de una alternativa a Soares por parte del Secretariado socialista —que nunca osó enfrentarse abiertamente al líder histórico, con la esperanza ingenua de llegar a compartir el poder con él—, el fuerte carisma de aquél —referencia histórica y política de peso inigualable dentro del partido— y el agitar el espantajo eanista, unido a una cómoda y algo hipócrita explicación oficial de su actitud de no prestar apoyo a la candidatura de Eanes —invocando la defensa del honor y dignidad personales y del partido— fueron determinantes en el desenlace habido. Así nació y se enraizaba el soarismo, fenómeno de congregación de fidelidades personales a un líder que buscaba por encima de todo convertir a su partido en instrumento de acceso a la Presidencia de la República, en evitar cualquier interferencia extraña en el área de la izquierda democrática y en eliminar definitivamente los últimos vestigios del proyecto nacional-militar y del correspondiente ideal de la Revolución, a través de un rígido control de la máquina partidaria. A los vencidos del IV Congreso les quedaba una penosa travesía del desierto en la que tendrían que arrostrar con la sospecha de simpatías heréticas por un eanismo —que habían sido los primeros en criticar en sus mani-

festaciones anteriores— y por el mantenimiento de tuteladas militares —que nunca estuvieron dispuestos a tolerar—. En tal contexto, fue particularmente delicada la posición en que se vieron colocados a lo largo del proceso de revisión constitucional de 1982, ya que disponían de la mayoría en el grupo parlamentario y se veían obligados, por disciplina partidaria, a votar, con frecuencia en contradicción con sus puntos de vista, la reducción de los poderes presidenciales que en tal contexto estaba claramente dirigida contra Eanes. Además, aparentemente violaban el pacto celebrado para viabilizar el apoyo del PS a su candidatura. Inevitablemente, tal situación llevaba a la radicalización de una parte de esa misma minoría en términos que en la práctica sólo venían a confirmar las sospechas de la mayoría.

La desagregación interna de la AD después de la muerte de su líder histórico Sá Carneiro y la victoria de Eanes acabó por facilitar la vía a Soares. Ante la ineptitud demostrada por los gobiernos de Pinto Balsemão y la eclosión de las rivalidades internas en el seno de la coalición y del propio PSD, Eanes aprovecha la petición de dimisión de Balsemão para disolver la Asamblea, rechazando aceptar la alternativa que en un esfuerzo de última hora le ofrecía el PSD con un gobierno que estaría comandado por Víctor Crespo. Menos criticable que la anterior, esta disolución no dejó, sin embargo, de ser todavía un buen servicio prestado al PSD, salvándolo de una erosión electoral todavía mayor, como ciertamente habría acontecido si hubiese continuado gobernando hasta el final de la legislatura. Al mismo tiempo, evitaba una excesiva subida electoral del PS, reforzando así la posición arbitral de Eanes, tan necesaria para la consolidación de su presencia en la vida pública y la viabilización de intervenciones futuras en el sentido más de acuerdo con un proyecto que, momentáneamente adormecido, podría ver renacidas las condiciones para su aplicación.

Soares, a su vez, ve llegado el momento de aplicar la estrategia del bloque central: una coalición gubernamental poselectoral con el PSD que garantizase su elección presidencial en 1986.

4. *La estrategia soarista del «bloque central» 'versus' la estrategia eanista del «partido bisagra»; la derrota electoral del PS en 1985*

Soares condujo dócilmente su partido hacia esta nueva estrategia, a pesar de que el acuerdo firmado para la reelección de Eanes preveía expresamente la posibilidad de gobiernos minoritarios del PS. El pretexto invocado es la necesidad de evitar el peso de una gobernación solitaria en un momento de gra-

vísima crisis financiera que exigiría una nueva y por ventura más dura política de austeridad. Por segunda vez, los socialistas se ven condenados a soportar las responsabilidades de gobierno en momento particularmente difícil. La oposición interna a Soares fue, entre tanto, completamente neutralizada. A pesar del 30 por 100 de los delegados que consigue todavía elegir en el quinto Congreso (mediados de 1983), Soares rechaza atribuirle un porcentaje equivalente de candidatos a diputados elegibles, procurando de este modo precaverse contra la eventualidad de un grupo parlamentario de dudosa fidelidad. La minoría, por una cuestión de dignidad moral y política, no acepta el porcentaje inferior que le es concedido y abandona las listas. Soares tiene ahora un grupo parlamentario dócil y fiel. Y la minoría capitaliza para el futuro una actitud de superior dignidad que la libera de la corresponsabilidad por una política de pésimas consecuencias para el PS.

Eanes, a su vez, se mantiene en una posición de expectativa y de no comprometimiento con la nueva experiencia gubernativa. La reducción de los poderes presidenciales funciona en tal contexto como una buena coartada. También él capitalizará para el futuro. Pero en un primer momento se ve obligado a capitular ante Soares, en lo que fue la más delicada confrontación institucional de este período: acepta la propuesta gubernamental de sustitución del jefe del Estado Mayor del Ejército, general García dos Santos, hombre de su confianza y activo participante en la Revolución de abril, por el general Salazar de Braga, de línea claramente conservadora. Es un acto de debilidad que refuerza el poder soarista y desprestigia en esta fase a Eanes ante el sector militar y civil que se le venía revelando más cercano.

La política del Gobierno del bloque central sobresale por la dureza de las medidas de austeridad tomadas y por la insensibilidad a los agudos problemas sociales que acarrear. Para colmo, Soares imprime un estilo de gobierno que se distingue por actitudes ostentatorias, por el culto del poder por el poder, por la difusión de la mentalidad cortesana, que pasan a ser los rasgos característicos del soarismo en el poder. Soares partía del presupuesto de que no habría alternativa para su gobierno, que disponía de una confortable mayoría parlamentaria superior a dos tercios, por lo que todo le estaba permitido. No duda incluso en afrontar la sensibilidad democrática de los socialistas y también de algunos de sus fieles, presentando a la Asamblea de la República una propuesta de ley de seguridad interna que contiene disposiciones gravemente amenazadoras de las libertades fundamentales. Y suscita así las primeras voces disidentes dentro de su propia mayoría. Convencido de que el PSD, a pesar de su agitación interna y las presiones ejercidas sobre su líder Mota Pinto, estaría condenado a quedar amarrado a tal experiencia gubernativa, dado el meticuloso reparto de poderes y de lugares a la que

entre tanto se procediera, en una especie de «mexicanización a dos partidos» de la vida pública portuguesa, Soares prepara una estrategia a plazo que le permitiría poner término a la política de austeridad al tiempo de lanzar con éxito su candidatura presidencial con el apoyo de los dos partidos de la coalición gubernamental. En las vísperas del Congreso del PSD, que optará por la ruptura, está firmemente convencido de que la tendencia que apuesta por la continuación de la experiencia del bloque central saldrá vencedora.

Se engaña completamente. La victoria de Cavaco Silva va a tirar por tierra su estrategia y abrir el camino, por otro lado, a la estrategia eanista del partido bisagra, que venía acechando desde hace algún tiempo su oportunidad. Cavaco Silva provoca fácilmente la ruptura entre el PSD y el PS, presentando exigencias programáticas que de ser aceptadas descaracterizarían por completo un PS ya considerablemente desgastado y en crisis de identidad. Eanes rechaza entonces de nuevo la posibilidad de un gobierno minoritario del PS y disuelve el Parlamento, impidiéndole eventualmente viabilizar esa experiencia. La historia parece repetirse, pero en esta ocasión con consecuencias más graves para el PS. A todos convienen las elecciones menos al PS. El PSD se presenta con un nuevo líder y una nueva imagen de ruptura con el «bloque central» y su gobierno. Eanes ve finalmente llegada la gran oportunidad de dar «luz verde» al partido que se venía formando a su sombra y procuraba capitalizar el descontento que impregnaba a un área considerable del electorado socialista. Al PS le correspondía el peso de responsabilizarse solo con la experiencia del gobierno del bloque central, que tan malos recuerdos dejaba, en el preciso momento en el que finalmente era posible girar la política económica y beneficiarse de las ventajas de la nueva coyuntura internacional y de la adhesión a la CEE, cuyo tratado era firmado en los últimos días del gobierno del bloque central. Soares procura resguardar su figura, lanzando a Almeida Santos en la campaña como candidato a Primer Ministro y reservándose para las presidenciales. La desorientación y la ceguera de la dirección del PS tiene su más evidente manifestación en la llamada que hacen al electorado para la obtención de una mayoría parlamentaria. Tal era el desbaratamiento que con relación al país el gobierno del bloque central conducirá al PS. Los resultados son conocidos: los socialistas pierden casi la mitad de su electorado de 1983, el PSD sube hasta el 30 por 100, pasando a ser el primer partido, y el partido eanista se catapultaba a un sorprendente 18 por 100.

La estrategia socialista parece definitivamente comprometida mientras que la estrategia eanista parece disponer de ahora en adelante de todas las condiciones para afirmarse. ¿En qué consistía finalmente ésta? Creemos que

su objetivo principal consistía en traer al plano de la actuación partidario-parlamentaria un estilo de intervención que Eanes intenta cultivar, a veces con éxito, en el plano presidencial: el arbitraje en una posición de pretendida superioridad ética respecto de la dialéctica gobierno/oposición, a partir de un posicionamiento de partido bisagra que evitase una estrategia de polarización a la izquierda en torno de un PS candidato a la alternancia en el poder. Tal como en cierta medida sucedía en el ejercicio de la función presidencial, a partir de ahora todas las soluciones de gobierno a la derecha o a la izquierda habrían de pasar por el partido bisagra, que estipularía las condiciones de gobernación, exigiendo o no su participación en el Ejecutivo; en cualquier caso, sin embargo, pudiendo ocasionar la dimisión o sustitución del Gobierno en el calendario por sí mismo fijado. Para ello se hacía esencial competir con el PS en el área de la izquierda democrática y disputar con el PSD el electorado fluctuante del centro, lo que desde el principio sobrecargaba tal estrategia de una buena dosis de ambigüedad, como el tiempo, en breve, se encargaría de demostrar.

La derrota del PS, a su vez, tiene la virtud de llevar a los socialistas a una profunda reflexión sobre los errores acumulados a lo largo de los años y particularmente durante la aplicación de la estrategia soarista del bloque central. El cambio de orientación política y la renovación del equipo dirigente pasan a estar en el orden del día y a constituir una exigencia sentida por todo el partido. Las elecciones presidenciales concederían la oportunidad de mejorar el trabajo de renovación interna.

IV. LA RENOVACION DEL PS Y EL FUTURO

1. *La elección de Mario Soares y sus consecuencias para el PS: el Congreso de la renovación (1986)*

De octubre de 1985 a enero de 1986 se produce la cabalgada de las elecciones presidenciales. La derrota del PS, que Soares, a disgusto, se ve obligado también a asumir, actúa como un verdadero «latigazo psicológico». Y mientras las fuerzas de derecha preparan una dinámica ascensional conducida por Cavaco Silva, procurando capitalizar en pocos meses los beneficios de una gobernación facilitada y de medidas ya claramente electoralistas, con vistas a la victoria de Freitas do Amaral en las presidenciales, el PS cierra filas en torno a la candidatura de Soares, el último triunfo que le queda. A su vez, el PRD de Eanes, juntamente con el PCP, dudan, rechazan la hipó-

tesis de apoyo a la candidatura autopropuesta de Pintasilgo y acaban por confluir en el apoyo a un ex dirigente socialista, rival de Soares, pretendiendo así dividir al electorado socialista y neutralizar la candidatura, considerada demasiado utópica e incontrolable, de Pintasilgo. Sólo una escasísima fracción de la minoría del PS se deja arrastra por la candidatura de Zenha, seducida por su prestigio moral y por la oportunidad de un ajuste de cuentas con Soares. La mayor parte de los dirigentes y militantes de la minoría tiene conciencia de la hipoteca que representa esa candidatura y de sus débiles condiciones de éxito, al mismo tiempo que siente llegada la gran oportunidad de liderar el esfuerzo de renovación interna del PS, que la separación de Soares —victorioso o derrotado— facilitaría. Su compromiso en la campaña de Soares es total. También aquí era necesario capitalizar para el futuro.

Paradójicamente, la candidatura de Zenha se revela como la mejor aliada objetiva de la candidatura de Soares. Al entrar en la disputa después de Pintasilgo, dividirá al electorado de izquierda que no se reconoce en Soares. El perfil demasiado derechista de Freitas do Amaral le permite, por otro lado, a Soares el apoyo del electorado del centro y de algunas destacadas figuras del PSD. El paso a la segunda vuelta queda así asegurado, más por el demérito de las estrategias que presidieron las opciones de las otras direcciones partidarias que por mérito propio. La victoria final acaba por ser garantizada por el PCP, en uno de los más difíciles giros de su historia, y por un vasto electorado de izquierda que, más que elegir a Soares, pretende por encima de todo evitar la elección de Freitas do Amaral.

Por primera vez, sin embargo, la derecha alcanza el 49 por 100 de los votos expresados, lo que no deja de ser un indicio preocupante para el futuro. Cavaco sabe que tiene todo un filón para explotar y poder preparar en breve plazo una mayoría absoluta en las legislativas. Mientras tanto, y no pudiendo controlar el órgano de soberanía con capacidad para disolver el Parlamento, le interesa seguir una estrategia de buenas relaciones institucionales con el nuevo presidente, de provocaciones continuas a la oposición parlamentaria para hacerla caer en la tentación del derribo de su gobierno en el momento más oportuno y de capitalización acrecentada de los beneficios de un gobierno favorecido por la coyuntura internacional y por los equilibrios financieros alcanzados por el gobierno del bloque central.

Soares, a su vez, apuesta por la pacificación de la vida pública y se coloca como auténtico monarca constitucional. Está finalmente en el lugar que más se adecúa a sus características, el lugar de la «representación» por excelencia y del poder sin responsabilidades ejecutivas, del diálogo institucional a partir de arriba, de los equilibrios y moderaciones sin radicalismos. Y en la práctica pasa a actuar como si hubiese sido elegido por el electorado del «bloque

central», procurando agradar lo más posible al PSD y preparar, a partir de la Presidencia, una reelección en 1991 en los moldes deseados para la elección de 1986. El nombramiento del candidato presidencial de la AD vencido en 1980 para vicejefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas y el veto opuesto a la ley de la radio son las inmediatas manifestaciones de esta estrategia.

El PS, a su vez, animado con la recuperación de las municipales y con la victoria de su candidato presidencial, prepara su sexto Congreso, el Congreso de la renovación. De cara a una mayoría profundamente dividida y traumatizada por el fracaso de la estrategia del bloque central, bien visible en la tremenda derrota electoral de 1985, la minoría, cuyo prestigio moral se fortalece a lo largo de su travesía del desierto, apuesta fuertemente por la victoria, lanza la candidatura a secretario general de uno de sus principales dirigentes —Víctor Constancio—, recoge el apoyo de la fracción descontenta de la mayoría y sobre todo de muchos militantes que, independientemente de la lucha de las tendencias internas, tienen conciencia de las debilidades y vicios revelados por el «soarismo» y de la necesidad de una ruptura con el pasado. Tanto más cuanto la dependencia afectiva con relación a Soares se encontraba de partida satisfecha por la elección de éste. Así se explica el fuerte resultado obtenido por Constancio: 80 por 100 en su elección y el 76 por 100 en la elección de su lista para la Comisión Nacional. El Congreso marcha también por la aprobación del nuevo programa y por la calidad de las ideas vehiculadas en las principales mociones presentadas. Los socialistas portugueses muestran aquí su capacidad para participar en el gran movimiento europeo de renovación de las tesis del socialismo democrático y de respuesta adecuada a los tiempos de hoy, al desafío de la ofensiva ideológica del neoliberalismo. Más vulnerable a la moda neoliberal la moción de la minoría de Gama —donde además convergen una corriente moderna y una corriente soarista anquilosada—, más equilibrada en la forma en que considera la relación Estado/Sociedad la moción de Constancio, ambas apuntan, no obstante, hacia una estrategia de afirmación del PS como polo congregador de la izquierda democrática y alternativa en el tiempo de gobierno sin ninguna dependencia o concesión con relación a las restantes fuerzas de izquierda. La estrategia del bloque central era definitivamente enterrada. Nació la estrategia de la bipolarización.

La Convención de la Izquierda Democrática, en diciembre de 1986, es el primer paso importante de afirmación de esta nueva estrategia y que contribuye a aislar al PRD. Sostenedores importantes de las candidaturas de Pintasilgo y de Zenha, inician aquí su aproximación al nuevo PS. Es todo un trabajo de reorganización interna, de lanzamiento de iniciativas junto a di-

versos sectores de la sociedad, de preparación de un programa de gobierno por el gabinete de estudios, que se va desarrollando no en una perspectiva inmediatesta de acceso a corto plazo al poder, sino de afirmación cada vez más clara de una nueva imagen del PS y de su vocación de única verdadera alternativa de izquierda.

2. *El suicidio del eanismo, el desquite del soarismo y la resistencia del PS; las elecciones de 1987 y el futuro de la izquierda democrática*

La renovación y recuperación del PS reducen el espacio de maniobra del PRD y amenazan con comprometer la estrategia del partido bisagra, al mismo tiempo que neutralizan el argumento de superioridad ética, ya, por otra parte, avalado por poco edificantes episodios. El eanismo está condenado a una muerte lenta o al intento de sobrevivir mediante una desesperada fuga hacia adelante. Opta por la última vía, con la esperanza de llegar a integrar o como mínimo servir de soporte parlamentario a un gobierno del PS. En la peor de las hipótesis —elecciones inmediatas—, su resultado electoral sería probablemente superior a lo que obtendría más tarde, con un tiempo de desgaste más prolongado. Desde este momento, interesa «entablillar» al PS, colocarlo en una situación de *impasse* estratégico, del que podría salir mal herido en beneficio del PRD. Es una opción estratégica que parte del supuesto —que las elecciones demostrarían que era un monumental error— de que la mayor parte del electorado del PS y del PRD se comporta como en un sistema de vasos comunicantes.

La moción de censura del PRD coge al PS por sorpresa y llena de justificado júbilo al PSD. Es la confirmación del acierto de la estrategia de provocación por éste diseñada, la oportunidad tan deseada de la prueba de fuerza electoral en el momento más conveniente, con la coyuntura todavía favorable y la popularidad de Cavaco en auge. Hasta este momento, el PS capitalizaba el descontento del electorado de izquierda democrática, votando cómodamente contra el presupuesto y la moción de confianza del Gobierno, ya que el PRD asumía el peso de viabilizar el gobierno minoritario en los momentos clave. A partir de ahora, existe el riesgo de invertirse las posiciones y la dirección socialista teme el riesgo de perder en beneficio del PRD lo que había recuperado hasta entonces. También, al final, se muestra sensible al presupuesto del sistema de vasos comunicantes. Al no ir a remolque de la moción del PRD, se vería obligada a presentar su moción en un plazo relativamente corto, con el correspondiente peso de ser el PS el que desencade-

nase entonces la crisis, o a correr el riesgo de una abstención del PRD, que sólo vendría a reforzar todavía más la posición del PSD. Se opta por lo que parece ser el mal menor, con la esperanza tenue de una solución alternativa de gobierno con base en el PS. La moción es votada y el gobierno cae, contra lo que Soares pretendía. La cómoda posición de éste, de tribunal de suprema instancia de cara a un gobierno permanente fiscalizado por la Asamblea, queda así amenazada. Nombrar un gobierno PS sería, en estas condiciones, comprometer su estrategia de presidente del bloque central de la sociedad portuguesa y dar aún un último respiro al eanismo. La tentación de liquidar a este último y el deseo de mantener buenas relaciones con el PSD, ya que con el descontento del PS él siempre pudo, son más fuertes. A pretexto de la estabilidad y de la gobernabilidad del país y de evitar el fantasma de la «italianización» disuelve la Asamblea, volviendo así contra Eanes el mismo arma que tantas veces Eanes usara contra él. Implícitamente, Soares admite que un gobierno minoritario del PSD asegura la estabilidad y la gobernabilidad, al tiempo que un gobierno minoritario del PS estaría herido de una especie de *capitis deminutio*. ¡Dos pesos y dos medidas!

Al arbitrar a favor del Gobierno del PSD el conflicto que le oponía a la Asamblea, Soares le da ya media victoria electoral. El PS, a su vez, va a la campaña en una situación de acorralamiento estratégico, bajo el fuego cruzado del duelo mortal entre el eanismo y el soarismo. Derribó al gobierno en contra suya en un momento que sabía inoportuno, fue a la elección a disgusto, impedido por Soares de formar un gobierno alternativo. Queda, sin embargo, confirmado que la estrategia de Soares no coincide con la estrategia del PS y que los intereses de uno y otro no son coincidentes. De ahora en adelante el principio de la autonomía estratégica del PS de cara a Soares tendrá que sobreponerse al principio de la armonía PS/Soares siempre que haya conflicto práctico entre ambos principios.

Sin embargo, los resultados electorales, confirmando las tendencias que se adivinaban, sorprendieron por la forma excesiva con que las revelaron. El PSD acaparó fácilmente el electorado del centro, que viene creciendo de elección en elección, en nombre de la estabilidad y de la gobernabilidad. El PRD se volatilizó, víctima de sus ambigüedades y de la tremenda torpeza para la batalla partidaria revelada por su líder. Los comunistas vieron confirmado su progresivo declive histórico. El PS resistió bien la tempestad, se afirmó en su función de polarizador de la izquierda democrática, pero quedó muy lejos de la posibilidad de afirmarse como alternativa de poder, pues le separa un amplio foso del PSD.

Con el castigo al PRD terminó, sin embargo, un ciclo histórico: el que ha condicionado la estrategia del PS a la dialéctica con el nacional-militaris-

mo primero y con el canismo después. Ambos pretendieron ejercer un cierto tipo de tutela sobre el espacio y los ideales de la izquierda democrática en detrimento del PS. Ambos fracasaron en sus propósitos.

Hoy el PS tiene ante sí la misión de desarrollar ese espacio y cultivar esos ideales, con las manos completamente libres y sin complejos o fantasmas de cualquier tipo. El canismo murió y el soarismo vive en Belém, quizá también él menos acomplejado a partir del momento en que se vio liberado de la amenaza canista. Sería, sin embargo, una ilusión intentar hacer de Soares un aliado estratégico para el futuro. Soares necesita más al PSD y a Cavaco que a un PS cuya fidelidad dará siempre por asegurada en el momento decisivo de la reelección. Del mismo modo, además, que Cavaco necesitará siempre más de Soares (sin el cual el 50 por 100 no será nunca posible) más que de cualquier otro futuro candidato presidencial de derecha, que perdería aquella facción del electorado que Soares supo captar y que es decisiva para cualquier mayoría.

Proseguir el trabajo de reorganización interna, consolidar la actual mayoría con la integración de la facción moderna de la minoría, como acaba de suceder, perfeccionar los mecanismos de funcionamiento democrático evitando la constitución de *lobbies* de poder interno, afirmar una presencia dinámica junto a los diferentes estratos y grupos sociales, asumir una postura responsable en la revisión constitucional, afirmarse como una oposición poseedora de alternativas concretas, profundizar la renovación ideológica: he ahí las principales tareas que se sitúan hoy ante el PS. Realizarlas llevará a consolidar su posición en la izquierda y en la sociedad portuguesa y a aumentar incluso algunos puntos electorales. Desgraciadamente, no basta para ganar elecciones. Una futura victoria electoral dependerá siempre más de los fracasos del Gobierno que de sus virtudes como partido. Y aquéllos ocurrirán o no según Cavaco sepa administrar las presiones de intereses contradictorios que se encubren detrás de tan amplia mayoría, sepa resistir las trampas de la evolución de la coyuntura económica internacional y sepa preparar el país para los desafíos de la integración europea. El electorado del centro no se conquista con programas o estrategias más o menos moderadas de un partido, sino con acciones que sólo son posibles a partir del poder. Y se pierde con las omisiones y fracasos que también sólo el poder permite...

(Traducción de LORENZO FERNÁNDEZ FRANCO.)